

ANDREA FLAMMINI

EMA Y MIRANDA

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2011

EMA

Un fuerte sol calienta las mejillas en el mediodía de esta primavera que ya sabe a verano. Ema piensa que tanto sol es una falta de respeto para esa pérdida, aunque recuerda que a su abuela no le gustaban los días nublados.-"Quizá es en realidad un homenaje a su partida", se consuela. El cortejo avanza lentamente sobre la avenida que lleva al cementerio. En el primer auto va su padre con su madre y su abuelo. Detrás, ella con dos de sus tres hermanos, Alfonso viene en el auto siguiente con su mujer. Dentro del auto, silencio. Valentín, sensible como su padre, no deja de llorar sin ninguna vergüenza, Tadeo, más despreocupado en apariencia, lleva un gesto serio pero lejano, como queriendo terminar con todo eso cuanto antes. El entierro es breve y sin discursos, su abuela no era creyente y no le hubiera gustado un cura ahí. Cuando comienzan a caer las paladas de tierra sobre el cajón, su padre empieza a aplaudir solemnemente. Todos lo siguen. Ésa es la manera de Nicolás de despedirse de su madre; como artista, no piensa en mejor homenaje que los aplausos. Y sabe que a ella le hubieran gustado, porque tenía alma de artista también. Luego rompe a llorar calladamente ocultando su rostro en el hombro de Melisa. Un abrazo y se recompone para dar lugar a la despedida de los amigos y parientes que los acompañaron hasta allí. Luego de los saludos, se marchan en silencio.

La tarde transcurre triste en su casa, pero para la cena vuelven las charlas y hasta algunas risas. Internamente, todos piensan que la abuela Miranda había tenido una buena y larga vida, aunque no tan larga como ella misma había augurado, y que tarde o temprano debería dejarlos, aunque les doliera. Iban a extrañarla, no les avisó que se iría y se murió mientras dormía, pero les preocupaba más cuánto la extrañaría su marido, seguramente estaba muy anciano para poder soportarlo y era quien no había conseguido despertarla en la mañana, estaba impresionado por

eso. No querían que se fuera solo a su casa, pero se negó a compartir la tarde o la cena con ellos, dijo que necesitaba estar a solas con sus recuerdos. A pesar de haberlo visto llorar penosamente junto a la fresca tierra de la tumba recién cerrada, estaba claro que aun tenía mucha angustia dentro suyo y quería desplegarla sin testigos.

* * *

Cuando Ema nació, su abuela era sexagenaria pero con una vitalidad superior a la esperable a esa edad. Por haber tenido un solo hijo varón y ser ella la primera nieta mujer, Ema se vio desde un principio colmada de una atención especial por parte de su abuela, y rápidamente pasó a ser su “malcriada”. Aunque Miranda nunca había tenido especial paciencia con otros niños aparte de su propio hijo, con su nieta era diferente, y dedicaba todo el tiempo que estaba con ella a complacer sus caprichos, a pesar de los reproches de su hijo y su nuera. Para Ema, Miranda siempre fue viejita, desde que nació, pero eso no impidió que, al crecer, entablaran una relación de diálogo y confidencias. Era su única abuela, porque la madre de Melisa había muerto cuando su nieta era muy pequeña y aun vivía lejos. Con Minda, como la llamaba desde bebé, se sentía cuidada y mimada, pero a la vez comprendida. Las visitas de su abuela eran frecuentes en donde estuvieran, tanto que no la dejaban sentirse lejos de ella, y cuando estaban separadas, se escribían o hablaban o chateaban a diario. Siempre tenía una anécdota alusiva a lo que su nieta le contaba sobre sus problemas, el colegio, sus amigas, los chicos, y a ella le fascinaba sumergirse en ese mundo antiguo y desconocido, del siglo pasado, cuando las costumbres eran tan diferentes y las personas manejaban otros códigos, inimaginables y hasta ridículos a sus ojos a veces. No la consolaba demasiado saber que su adolescencia había tenido aún más represión y control que la de ella, pero le daba una cierta sensación de angustia compartida, que aliviaba en parte su pesar; le resultaba compensador saber cuánto se enojaba su padre a su edad cuando ella le decía esas mismas cosas que ahora le decían sus padres y que le generaban una rebeldía que llegaba hasta la ira. No vuelvas tarde, a donde vas, con quien, a qué hora volvés, llevá abrigo, llamame para saber adónde estás,

y otras similares, eran típicas frases que daban comienzo a una discusión, ahora y siempre, por lo que podía aprender con su abuela.

Los interminables viajes y los varios años vividos en el exterior de pequeña, además de algún gen proveniente de su abuelo paterno, le daban a esa joven alegre, curiosa y franca, un aire solitario. Era más bien callada, lo que le confería, sumado a su refinamiento natural, un poder de seducción que aún no había descubierto tener. Era inteligente y sencilla, con la frescura de la juventud. Su cuerpo pequeño, casi etéreo, menudo y espigado, contrastaba con la fuerza de su mirada, que brotaba de unos ojos oscuros y profundos, como los de su abuela paterna. El color oscuro de sus cabellos rulientos y su tez los había heredado probablemente de su madre, aunque un bisabuelo paterno había sido lo suficientemente morocho como para ser apodado “Negro”, según le contaron.

Había nacido en Argentina porque su madre había querido tenerla acá, pero su familia vivía en ese entonces en New York desde hacía dos años, por el trabajo de su padre, que tocaba la guitarra en una banda de rock norteamericana bastante conocida y, en el ascenso de su carrera, fue siendo convocado por diversas bandas cada vez más prestigiosas. Allí vivió unos años, y otros en Londres, y otros en Los Ángeles, y en París. Habían vuelto a reinstalarse en su país hacía cinco años, y no quería volver a irse. Conservaba amigas y amigos de todos los lugares donde había estado, no muchos, uno o dos en cada lugar, los suficientes como para no sentirse tan sola. No era arisca, pero las reuniones y los grupos grandes no eran para ella. Se sentía más a gusto en una charla íntima de pocas personas cercanas que en una gran fiesta. Al regreso de su vida internacional había descubierto un mundo de parientes que hasta el momento sólo conocía de lejos, a pesar que las visitas al país eran frecuentes y la comunicación fluida. Tenía un carácter familiar y sentimental, y estaba cansada de cambiar de colegio y de entorno cada dos o tres años. Una buena experiencia, decía su padre, ideal para aprender idiomas, decía su madre, divertido, decían sus hermanos, pero nada la había deprimido más todos esos años que saber que a su padre le había salido un trabajo en otro lugar, nuevamente. Cada mudanza era una tortura, odiaba dejar “su” lugar, ese que había hecho suyo en ese

tiempo de estadía, no le conformaba llevarse todos sus juguetes y sus pertenencias, ni los regalos adicionales que recibía como motivación. El temor a lo desconocido que la invadía en el viaje a ese lugar lejano y nuevo la paralizaba. Cuando se cansaba de llorar, y mientras tuvo el tamaño, se dormía en los brazos de su hermano mayor, demasiado enojada como para hacerlo en las faldas de sus padres. Cuando fue más grande y la vergüenza le impedía llorar en público, hacía el viaje callada y con el ceño fruncido, tratando de convencerse de las bondades del traslado que le pintaban sus familiares, pero sin poder olvidar ese fuerte dolor de estómago que la acompañaba aún varios días después de llegar. Los primeros días siempre tenían que esperar a que llegara la mudadora con los muebles y los artefactos más grandes. Ema se pasaba el día rezonando por no tener una cama cómoda para dormir o un televisor para entretenerse, o cualquier otro artefacto de confort que habitualmente no habría usado pero que en ese momento reclamaba como imprescindible. Hubieran podido alojarse ese tiempo en un hotel, cómodamente, pero su madre insistía en instalarse de inmediato en su nueva casa, para ir habituándose al lugar. Tenía la convicción de que las carencias iniciales les harían disfrutar más la casa finalmente decorada y montada a todo confort.

Después de todo ese tiempo, su padre consiguió ser reconocido como músico en su país y por fin pudo instalarse acá. Él también añoraba su lugar, sus amigos. Por supuesto que había recitales y conciertos en otros lugares, pero sólo viajaba con él su madre, los hijos ya estaban grandes y hacían su vida. Ocasionalmente, alguno de sus hermanos los acompañaba, pero nunca ella. Sólo se subía a un avión para ir a visitar a sus amistades lejanas o para salir de vacaciones con la familia. A pesar de las edades, trataban de vacacionar todos juntos, ya que con los viajes frecuentes era el mejor momento del año para compartir encuentros. Hasta Alfonso, seis años mayor que ella, los acompañaba, ahora con su joven esposa y su flamante beba también. En otros momentos del año, todos se las arreglaban para tener vacaciones más íntimas con sus amigos o familia chiquita.

Ema sabía que su abuela había llevado un diario desde su adolescencia hasta su muerte, y le pidió a su padre tenerlo. Él era hijo único y no tuvo inconvenientes en que su abuelo se los entregara para ella, como un recuerdo de su querida abuela. Ema cursaba el tercer año de Letras y siempre había soñado algún día escribir un libro sobre su entrañable Minda, su primer libro. Sería una manera de mantenerla siempre viva y de homenajearla a su vez. Aunque lamentaba no haber grabado los relatos de su juventud, los recordaba bastante bien. Si bien nunca los consideró lo suficientemente jugosos como para darle vida a una novela interesante, presentía que no le había contado todo, ni a ella ni a nadie de su familia, y esperaba que esos diarios desentrañaran lo que intuía. Sospechaba que esa mujer pequeña e inquieta, que había hecho tantas cosas diversas, y que le había inculcado a su hijo el amor por la música y a ella misma el gusto por la literatura, no había tenido una vida tan simple como la que le conoció en su tranquila vejez.

Ema llevó la caja con todos los cuadernos que componían el diario a su habitación y la dejó con cuidado sobre su escritorio. No se sentía aún de ánimo para comenzar su lectura, su corazón le diría cuándo podría hacerlo sin que fuera tan doloroso. La sola presencia de esa caja en su habitación la hacía estremecer cada mañana al despertarse y verla, como si fuera su abuela quien estaba allí sentada mirándola dormir.

La rutina de la facultad y el estudio, y la distracción de sus amigos ayudaban a mantenerla entretenida, pero esa caja le dolía en el alma cada noche y cada mañana.

Decidió llevarla a la buhardilla, no sin culpa, porque sentía que estaba deshaciéndose de su abuelita, pero pensó que por un tiempo sería lo mejor, hasta tanto hiciera su duelo.